

«Nunca pedí ser una niña fantasma».



# ME LLAMO MORTI

REECE CARTER

# PARA MI FAMILIA: AQUELLA EN LA QUE NACÍ, Y AQUELLA QUE ME ENCONTRÉ POR EL CAMINO



Título original: *The Girl, the Ghost and the Lost Name*  
Publicado por primera vez en Reino Unido por Usborne Publishing Ltd,  
Usborne House, en 2022

Primera edición: mayo de 2023

© Del texto: Reece Carter, 2022

© De las ilustraciones: Usborne Publishing, 2022

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2023

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023

C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

Publicado por acuerdo con The Bent Agency UK Ltd,  
a través de International Editors' Co.

Ilustraciones de Eleonora Asparuhova

ISBN: 978-84-698-9131-5

Depósito legal: M-3792-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



ME  
LLAMO  
MORTI

REECE CARTER

Ilustraciones de Eleonora Asparuhova

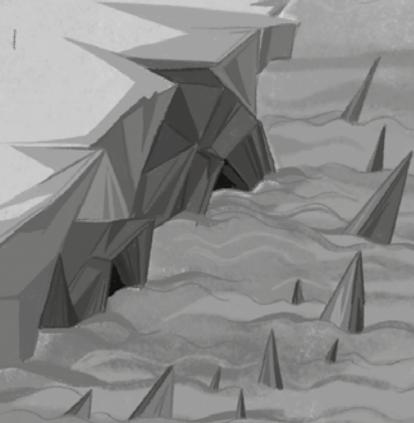
ANAYA



**LA MANSIÓN**



**ELSTON-SUSTO**



**Peligro de destrucción,  
no te acerques.**

# ELSTON-SUSTO

LAS ROCAS  
DENTADAS

EL CEMENTERIO

EL FARO

LA ROCA QUE NO EXISTE



## CAPÍTULO 0

**S**i mi pelo parece un puñado de algas marinas, se debe a que eso es precisamente lo que es. Mis ojos, un par de conchas de abulón con destellos azulados, pulidas por la arena. Mis dientes, dos hileras de piedrecitas.

Y mi piel está compuesta de cera.

Para tu información, dediqué mucho tiempo a recolectar cera, extraída de unas velas encendidas. Y no resultó nada fácil. Tuve que birlar esa cera gota a gota, cada vez que ellos estaban despistados. En los momentos más oscuros de la noche, sustraía la cera poco a poco. Y si alguno de ellos se hubiera molestado en mirar hacia arriba, habría visto cómo esas gotitas relucientes que yo estaba atrayendo danzaban en el aire,

se deslizaban sobre las vigas podridas y desaparecían por un hueco en el techo de hierro. Pero ninguno miraba nunca hacia arriba. Nadie se dio cuenta.

Me aseguré de ello.

Tardé años en moldear la cera hasta darle la forma, un tanto extraña, de mi cabeza. La de mi cuello flacucho y mis hombros enjutos. La de unos brazos y piernas que, para ser sincera, parecen un poco huesudos.

Vale, sí... Mi apariencia no es perfecta.

Pero por más flacucho, enjuto y huesudo que pueda ser mi cuerpo de cera, sigue siendo un millón de veces mejor que no tener ninguno. Eso sí que era un fastidio. Puede que a algunos fantasmas les guste ser invisibles y atravesar las paredes, pero a mí no. Nunca he querido nada de eso.

Nunca pedí ser una niña fantasma.

Aunque supongo que nadie pide convertirse en fantasma, ¿verdad? Nadie pide estar muerto al despertar. Igual que nadie pide que lo secuestren unos brujos y lo aparten de su familia.

Un momento... No he mencionado que existen los brujos, ¿no?

Pues sí, existen.

Pero antes de que te dé un patatús, recuerda que estos brujos en concreto viven muy lejos de ti, en una vieja choza desvencijada, construida con postes de madera podrida y trozos de metal oxidados. Una choza que se encuentra en las profundidades de una cueva, en una roca con forma de elefante.

Y esa roca está rodeada por el mar.

Si le preguntases a la mayoría de la gente —a la mayoría de los vivos, quiero decir—, seguramente te dirían que la roca que he mencionado ni siquiera existe. No digo que sea invisible, exactamente. Más bien sucede que te olvidas de haberla visto en cuanto dejas de mirarla. En un momento dado está allí, nítida como la luz del sol. Pero cuando tus ojos pasan de largo, es como si alguien te hubiera frotado el cerebro con un estropajo. Lo único que recuerdas es un océano vacío y gélido.

La roca que no existe se encuentra frente a la costa de un pueblo, asentado entre una arboleda, que nadie visita nunca. Los turistas veraniegos no se fijan en esa pequeña aldea de pescadores, ni en el faro abandonado que se alza sobre ella; en vez de eso, prefieren los hoteles de lujo y las playas de arena blanca que hay un poco más adelante. Nadie se para a pensar en el

pueblo, en su gente, ni en sus secretos. Hasta yo he olvidado cómo se llama. Pero no te preocupes: seguro que no está cerca de ti.

Bueno... Seguro, tampoco.

En alguna parte tendrá que estar, ¿no?

Lo que quiero decir es que seguramente no esté cerca de ti, aunque eso dependerá, supongo, de dónde te encuentres tú. Pero si por algún casual te hallas cerca del pueblo que nadie visita, mi consejo sería que salgas de allí lo más rápido posible. Te diría que agarrases a tu familia, a tus amigos y cualquier otra cosa que sea importante para ti y pongas pies en polvorosa.

Te diría que echases a correr. Y que no dejaras de hacerlo.

Porque si el lugar en el que estás —donde te encuentras en este preciso instante— está cerca del pueblo que nadie visita, eso significa que también estará próximo a la roca que no existe.

Con su cueva húmeda y su choza desvencijada. Y sus brujos.

Aunque tú no serías consciente de ello, claro está.



## CAPÍTULO 1

Creo que ya debería presentarme.  
Me llamo Morti.

Obviamente, no me llamaron así al nacer. Olvidé mi nombre al morir. Si no me fallan las cuentas, eso significa que lo olvidé hace casi trece años. Y puestos a elucubrar, diría que ese plazo coincide con el tiempo que estuve viva.

Año arriba, año abajo.

No pude conservar mi nombre cuando morí, como tampoco pude conservar ninguno de mis recuerdos. Cuando te conviertes en un fantasma, desaparece cualquier rastro de tu vida anterior. Los rostros de tus

familiares. La casa donde vivías. Incluso olvidas lo que te pasó para morirte.

Todo desaparece, como si se lo llevara la marea, y cuando tu último recuerdo ha caído en el olvido, no puedes evitar preguntarte si no habrás sido un fantasma desde siempre.

Desaparecen todos y cada uno de los recuerdos de tu vida...

... y lo único que te quedan son preguntas.

Supongo que por eso me hago llamar Morti. Porque no sé si antes era Alice o Annabelle, Sophie o Sarah, Poppy o Prudence.

O algo en esa línea.

—¿Qué te parecen estos? —le pregunto a Simon, sosteniendo en alto un par de bigaros para que los vea. Los giro a un lado y a otro para que reflejen la luz plateada de la tarde.

«Clic, clic, clic», dice Simon.

—Mmm... Tal vez tengas razón.

Arrojo los bigaros al mar, donde desaparecen bajo la superficie cristalina.

—Pero es difícil encontrar una pareja del mismo tamaño exacto.

«Clic, clic».

—Hoy estás un poquito protestón, Simon.

Por cierto, Simon es una araña. Una araña cazadora, para ser exactos.

Tiene el cuerpo cubierto por una pelusilla de color marrón grisáceo y ocho patas que no paran quietas y que me hacen cosquillas en mi piel cerosa cada vez que me pasa por encima. Aunque, ahora mismo, está sentado sobre mi hombro.

—Venga, sigamos buscando —digo.

Sí, puedo hablar con los animales. Todos los fantasmas pueden hacerlo.

Aprieto el paso, corro entre las pozas que bordean la roca que no existe. Por el camino, busco bajo mis pies algo que pueda servirme como unas orejas nuevas. ¿Un par de lapas, tal vez? ¿Unos cuernos de carnero a juego? ¿Un par de medusas muertas? Cualquiera cosa sería mejor que las patatas de mar que he estado utilizando últimamente. Se me caen todo el rato. Cada cierto tiempo recojo algo, me lo sujeto junto a un lateral de la cabeza y le pido a Simon su opinión sincera. Y en cada ocasión —«¡clic, clic, clic, clic!»—, Simon sugiere que sigamos buscando.

—Está bien —concedo—. Pero hoy estás muy quisquilloso.

A ver... En el fondo, tampoco es que necesite unas orejas. Al menos, no como las necesitaría un carnosos. Así es como llamamos a la gente que no ha muerto aún. Obviamente, ellos sí necesitan tenerlas. Ya sabes, para oír y esas cosas.

En cambio, nosotros, los fantasmas, podemos oír de maravilla sin necesidad de orejas. Igual que podemos ver sin tener ojos y oler sin tener nariz. Aun así, me gusta tener todas esas cosas.

Así me siento menos muerta.

Por eso, supongo que es una suerte haber descubierto que soy distinta a los demás fantasmas. Puedo hacer cosas que la mayoría no pueden. De hecho, ha habido montones de niños fantasmas que han ido y venido de la roca que no existe, pero nunca he conocido a ninguno capaz de introducirse en un cuerpo, como hago yo. Ni uno solo. Y ser capaz de poseer este cuerpo...

... es lo más parecido a estar vivo que existe para un fantasma.

Este cuerpo me permite tocar objetos y recordar qué tacto tienen. Puedo recogerlos. Desplazarlos. Pero lo más importante es que este cuerpo me ayuda a permanecer aquí. Ayuda a mantener alejado eso que viene después de que te conviertas en un fantasma.

Me ayuda a escapar de las garras de la Remuerte.

—¿Qué tal estos? —le pregunto a Simon.

Esta vez tengo en la mano un par de caracoles marinos.

«Clic».

—Tampoco te pongas así —protesto—. Con un «no» bastaba.

Y con un suspiro, arrojo los caracoles al océano.

Después sigo adelante.

Tal vez no debería admitirlo mientras Simon siga actuando de este modo, pero me alegra que me acompañe a estas misiones de exploración por la playa. En general, y aunque no lo parezca, las arañas son unas criaturas muy asustadizas. No les gusta salir mucho de casa si pueden evitarlo. Pero no es el caso de Simon. Él es muy valiente para ser una araña.

—¡Argh!

Estremeciéndome, aparto el pie de una sustancia blanca y viscosa que acabo de pisar. Antes de agachar la cabeza para observarla, ya sé lo que me voy a encontrar.

Sí... Tres cormoranes muertos.

«Puaj».

Ha sido cosa de los brujos. No hay duda. Los he visto lanzar ese hechizo un millar de veces. Para salir de

la roca que no existe y cruzar las aguas hasta el pueblo que nadie visita, cada uno de los tres brujos tiene que adoptar primero la forma de una criatura capaz de nadar o volar. Pero ese hechizo en concreto tiene un precio, y hoy les ha tocado pagarlo a estos cormoranes.

—Cómo odio a los brujos —le digo a Simon.

«Clic, clic, clic», coincide.

Oteo el cielo, por si acaso, pero no hay nada que ver, salvo un almacén de nubes grisáceas. Mar adentro, el cielo está empezando a ponerse oscuro y amenazante. Los primeros indicios de una tormenta inminente flotan en el aire. Pero no..., no hay ni rastro de los brujos.

Aun así, sé que no tardarán en volver.

—Hace horas que se marcharon —digo.

«Clic, clic».

—Últimamente, se ausentan mucho.

«Clic, clic, clic».

Solo me atrevo a aventurarme por el exterior cuando los brujos están fuera de la roca que no existe, porque, por alguna razón, aún no se han enterado de que habito en el tejado de su choza. No tienen ni idea de que un fantasma ceroso comparte su hogar con ellos. Y no puedo permitir que lo descubran. Si se enterasen, no quiero ni pensar en las consecuencias.

«Clic, clic, clic», dice Simon.

Asiento con la cabeza.

—Puede que un ratito más.

Echo a correr y sobresalto sin querer a una familia de cangrejos de roca. Me detengo junto a una poza cristalina, donde veo a un pulpo que se arremete por una hendidura. Acaba de terminar de guarecerse en la roca cuando diviso algo bonito apoyado a su lado.

—¿Qué tal esto? —pregunto.

Sumerjo la mano en el agua helada y lo recojo. Es un trocito de vidrio marino de color ámbar. Deslizo el pulgar por encima, sonrío al sentir su roce liso, duro y frío.

Parece como si fuera una piedra preciosa.

—Sí, ya sé que necesitaría dos —le digo a Simon, antes de que tenga ocasión de decir algo sobre la necesidad de tener más de una oreja—. Pero esto no tiene por qué ser una oreja. ¡Podría ser una nariz! Hace una eternidad que no la renuevo. ¿Qué te parece?

«Clic».

—Bien. —Me guardo el cristal marino en el peto. Está raído y no es de mi talla, pero tengo mis motivos para que me guste—. Algo es algo.

«¡Clic!».

—¿Qué?

«¡Clic, clic, clic!».

Simon apunta con una pata larga y torcida hacia la roca que alberga la choza de los brujos. Bajo su sombra, una figura desconocida avanza hacia nosotros, arrastrando los pies. Avanza despacio y encorvada, compuesta por pliegues invisibles, colores difuminados y contornos imprecisos. Es otro fantasma, surgido de la nada.

Pero este fantasma no tiene cuerpo. No es como yo. Es un fantasma normal y corriente. Mientras se aproxima, una gaviota desciende en picado y lo atraviesa.

Es... ¿el fantasma de un anciano?

Corro para esconderme detrás de una especie de pedrusco, me agacho y me asomo por un lateral. Sin embargo, sigo sin poder creer lo que estoy viendo.

—¿Qué hará por aquí el fantasma de un anciano?

«¡Clic, clic?», sugiere Simon.

Niego con la cabeza.

—No. Los brujos no lo han secuestrado.

Solo raptan niños, porque cuando llega el momento de ejecutar sus hechizos más atroces y preparar sus pócimas más nauseabundas, los niños son los únicos que les resultan útiles.

En ese caso, este anciano ha tenido que morir en el mar o haber encontrado algún otro modo de llegar hasta aquí.

Pero no existe otra forma de llegar. No hay modo de entrar ni salir de la roca que no existe. Si lo hubiera, yo ya lo habría descubierto. Llevo buscándolo desde que llegué aquí.

—Un momento... ¿Dónde está? —susurro.

Apenas me he despistado un segundo, pero el viejo fantasma ha desaparecido.

Noto un cosquilleo sobre mi piel cerosa, se extiende por el lugar donde debería estar mi espinazo, para luego subirme por el cuello. Parece estar advirtiéndome de un peligro.

—Simon, ¿has visto qué...?

—Aquí estás.

Una voz áspera y quejumbrosa resuena justo por detrás de mí. Me doy la vuelta y descubro que el viejo fantasma no ha desaparecido. Mi cuerpo se queda paralizado.

El fantasma avanza un paso renqueante.

—Te encontré —masculla.

Pego un respingo.

—Márchate.

El cosquilleo se extiende hacia mis piernas, de modo que parecen unos muelles listos para desenroscarse. Mi cuerpo está tenso y listo para entrar en acción. Sea quien sea este fantasma...

... no creo que tenga buenas intenciones.



## CAPÍTULO 2

—¡N<sup>o</sup> te acerques más! —le advierto.  
—Cálmate, chiquilla —masculla el viejo fantasma—. Soy un amigo.

Frunzo el ceño.

¿Un... amigo?

Lo dudo.

De cerca, parece un saco de patatas. Y además huele raro: como a una mezcla de lana mojada, paja mohosa y tabaco rancio. Esboza una sonrisa amplia, torcida y prácticamente desdentada. No es una sonrisa malévola ni espeluznante, pero tampoco termina de ser amistosa.

No sé qué clase de sonrisa será, solo sé que no es de fiar.

—Eres Morti, ¿verdad? —pregunta.

Me alejo otro paso, inclino la cabeza hacia atrás y lo observo.

—Es posible. Depende de quién lo pregunte. ¿Quién eres?

El viejo fantasma se encoge de hombros.

—No tengo la menor idea.

Supongo que era de esperar. Es lógico que no sepa quién es ni cómo se llama, porque ningún fantasma recuerda esas cosas.

—Tu amiga me llama Anciano. —Se encoge de hombros otra vez—. Tú también puedes llamarme así..., si quieres.

Otra vez esa palabra.

—Yo no tengo amigos —replico sin pensar.

«¿Clic?», me recuerda Simon.

—Bueno, sí —susurro—. Es obvio que tú eres mi amigo.

El fantasma que se hace llamar Anciano mira a Simon con extrañeza, pero no dice nada. Si acaso, me parece verlo sonreír.

—Resulta que sí tienes otra amiga —dice—. Y me ha pedido que te transmita este mensaje. Aunque, en el fondo..., supongo que más bien es una advertencia.

El fantasma se da la vuelta. Comienza a alejarse.  
¿Una amiga?

—Pero no tenemos mucho tiempo —añade.

No salgo tras él. Ni hablar.

—Date prisa —dice Anciano.

No me muevo ni un ápice. Me quedo plantada. Noto unas cosquillitas reconocibles, mientras Simon se encarama hacia mi pelo. «¿Clic, clic?».

—Pues claro que no tengo miedo —le respondo con un susurro.

«¿Clic?».

—Te digo que no.

Y es cierto. No tengo miedo. En realidad, no.

Vale, está bien. Supongo que me sorprendí un poco cuando Anciano surgió de la nada, pero ¿a quién no le pasaría?

En cualquier caso, sorprenderse no es lo mismo que asustarse.

Otra cosa sería que los brujos me hubieran encontrado aquí. Con un solo hechizo, podrían hacer trizas mi cuerpo de cera o incluso derretirlo hasta formar un enorme charco viscoso. Pero Anciano no es más que un fantasma corriente. No puede hacerme daño. Así que... no, no estoy asustada.

Aun así, eso no significa que vaya a seguirlo a ninguna parte.

—No —le digo mientras se aleja.

Anciano se detiene. Se da la vuelta.

—¿No?

—No —repito, cruzándome de brazos—. No pienso seguirte. ¡Ni siquiera sé quién eres! Si un desconocido se presentase en tu roca, ¿te irías con él?

Anciano frunce el ceño.

—No sé si tengo una roca.

—No iré a ninguna parte hasta que me digas cómo has llegado aquí. Porque, para que lo sepas, llevo habitando en la roca que no existe desde que morí. —Descruzo los brazos para poder ondearlos—. No hay forma de entrar ni de salir.

Cuento con que me lo discuta...

... pero, en vez de eso, suelta una risita.

—Ella no me dijo que serías tan testaruda —replíca. Entonces vuelve a alejarse en la misma dirección de antes, meneando la cabeza—. Vamos.

Sigo sin moverme.

—¿Quién es ella? —Después añado—: ¿A qué viene todo esto?

Anciano gira la cabeza hacia mí antes de responder.

—Tienes un montón de preguntas agolpadas en esa cabecita cerosa, ¿no es así, chiquilla? Preguntas que ansían respuestas.

Noto un cosquilleo en la zona donde debería estar mi estómago.

¿Respuestas?

Anciano sigue caminando.

—Bien, si lo que quieres son respuestas, te diré dónde encontrarlas. Pero tendrás que seguirme.

No puedo resistirme. Salgo tras él.

—¡Espera!

Alcanzo a Anciano con unas pocas zancadas. No va demasiado rápido. Me acoplo a su ritmo sin esfuerzo.

—¿Qué clase de respuestas?

Lo digo como si no me importara. Aunque claro que me importa.

—De las que son relevantes —responde sin más.

Una sensación cálida se extiende por detrás del lugar donde debería estar mi ombligo. Al mismo tiempo, unas preguntas que conozco de sobra se abren paso hasta mi no-cerebro. Empiezan a multiplicarse, zumbando como insectos. Preguntas acerca de mi nombre. Acerca de mi familia.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquiero.

—Me lo contó ella.

—¿Quién?

—Tu ami...

Anciano se para en seco. Alza una mano por delante de su rostro, como si quisiera inspeccionarla. Con un sobresalto extraño, me doy cuenta de que está empezando a volverse más traslúcida.

De hecho...

... todo su cuerpo se está volviendo traslúcido.

Poco a poco, Anciano se va haciendo transparente. Su silueta se desdibuja. Lo he presenciado otras veces, pero nunca resulta agradable verlo. Esto es lo que sucede justo antes de que un fantasma muera por segunda vez. Justo antes de que se adentre en la Remuerte.

—¿Ya te... vas?

Anciano asiente.

—Me queda menos tiempo del que pensaba.

Se inclina hacia delante y, cuando vuelve a hablar, sus palabras han cobrado un tono de urgencia.

—No creo que pueda posponer la segunda muerte mucho más tiempo —dice—. Así que presta atención, ¿vale? Esos brujos están tramando algo. —Hace una pausa—. Tenemos que sacarte de esta roca.

Niego con la cabeza.

—¿De la roca que no existe? Eso no es...

—¿Posible? —concluye por mí.

Asiento con la cabeza.

—Pues claro que es posible —replica—. Te lo demostraré.

—No entiendo qué tiene esto que ver conmigo.

Según Anciano, el motivo por el que los brujos se han ausentado tanto últimamente de la roca que no existe es porque están buscando una especie de tesoro.

—¿Qué clase de tesoro? —pregunto, mientras lo sigo entre las pozas y las plataformas rocosas.

—Uno que no les pertenece —responde Anciano con un gesto que semeja un ceño fruncido. No es una respuesta muy concreta que digamos—. Los brujos lo robaron hace años, después lo intercambiaron con alguien en ese pueblo. —Señala hacia el pueblo que nadie visita—. Alguien a quien llaman la Mercader.

—Entonces..., ¿esa tal Mercader tiene el tesoro?

Anciano niega con la cabeza.

—La Mercader lo vendió. Cuando los brujos fueron a recuperarlo, la Mercader les dijo que ya no lo tenía. Que se lo habían llevado a un lugar lejano.

—¿Y dónde está ahora?

—Desaparecido.

Anciano se detiene. Solo entonces comprendo hasta dónde me ha traído. Hemos llegado a una parte de la roca que no existe que nunca visito. Al menos, ya no.

Es un lugar donde la roca se pliega sobre sí misma formando una especie de sima dentada con unas paredes que se yerguen hacia lo alto, sumiendo el lugar en sombras. Cuando sube la marea, las aguas forman una poza en el fondo. Después, cuando las aguas se retiran, dejan a su paso unas pilas enormes de arena y algas. Ahora mismo, la marea está subiendo y el nivel del agua está aumentando.

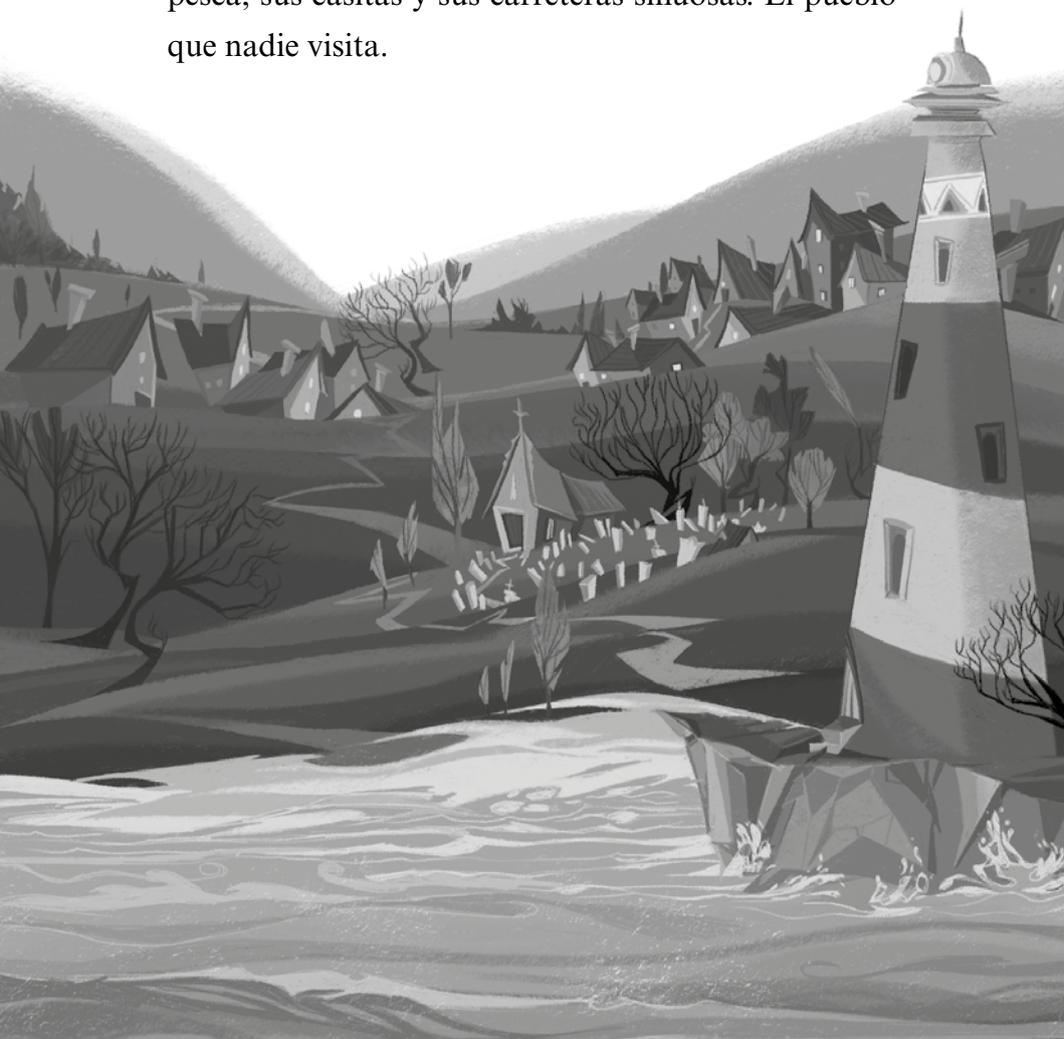
Anciano se introduce en la poza sin producir ni una sola onda en la superficie del agua. Parece como si la parte inferior de sus piernas hubiera desaparecido. La parte de su cuerpo que asoma por encima del agua se desvanece a toda velocidad. Durante el trayecto hasta aquí, la Remuerte ha ido incrementando su efecto sobre él. Ya no queda gran cosa. Aun así, por un momento me planteo dar media vuelta y dejarlo aquí.

Porque... detesto este lugar.

Este lugar me recuerda a ella.

—Vamos —dice Anciano—. Date prisa, chiquilla.

Podría dejarlo atrás con facilidad. Podría volver corriendo al tejado de la choza de los brujos y sellarlo a cal y canto. Podría olvidarme de este asunto tan extraño. Pero cuando giro la cabeza hacia atrás, diviso el faro abandonado a lo lejos. Y a su lado, el cementerio. A partir de ahí, deslizo la mirada sobre los árboles oscuros y apiñados hacia el pueblo con su muelle de pesca, sus casitas y sus carreteras sinuosas. El pueblo que nadie visita.



Antaño debí de vivir allí, antes de que los brujos me secuestraran. Estoy segura de que mi familia me estará esperando en ese pueblo. Puede que incluso estén dentro de una de esas casitas en este preciso instante.

«Tienes un montón de preguntas agolpadas en esa cabecita cerosa, ¿no es así, chiquilla?».

Sí, así es.

Me giro hacia donde me está esperando Anciano, mientras intento olvidar la última vez que pasé por aquí.

Y me introduzco en la poza.

El agua me llega hasta las rodillas y me deja el peto empapado. El frío me provoca pinchazos en la piel cerosa. Pero me adentro en el agua a pesar de todo, siguiendo los pasos de Anciano. Y también me adentro cada vez más entre las sombras.

Anciano no deja de otear cada rincón, mientras murmura algo para sus adentros.

—¿Dónde está? —refunfuña una y otra vez—. Ella me dijo que estaría aquí.

—¿Qué estamos buscando?

—¡Eso! —Anciano señala hacia el frente.

Lo único que veo es un amasijo enmarañado, apoyado en la pared de roca. Es un montículo gigante de

algas. Y, para ser sincera, es idéntico a los demás que hay a su lado.

—Ahí no hay nada —replico.

—Te equivocas. Fíjate mejor.

Noto un cosquilleo de entusiasmo cuando me doy cuenta de que tiene razón. Sí que hay algo. Un objeto con forma de media luna y blanco como un hueso asoma por debajo de las algas.

Corro hacia allí sin pensármelo dos veces. Arranco dos puñados de algas de lo que quiera que sea ese objeto. Las algas se deshacen entre mis manos, pero las arrojo a un lado y me apresuro a sacar más. Y después más.

Más y más.

El objeto que está enterrado bajo las algas es curvo y tiene una superficie de madera que ha empezado a pudrirse. Debe de llevar aquí una buena temporada y se ha desgastado con el paso del tiempo. Mis dedos se quedan cubiertos de pequeñas astillas, pero no cejo en mi empeño hasta haber destapado por completo el objeto.

Y una vez hecho, retrocedo para verlo mejor.

Es un bote salvavidas.

Con el espacio justo para dos personas. Debió de recabar aquí con la marea alta y luego se quedó varado.

—Con él podrás salir de la roca y seguir la pista de esa Mercader —dice Anciano por detrás de mí—. Luego podrás encontrar el tesoro y recuperarlo.

Ese último comentario me sorprende.

—¿Qué significa «recuperarlo»?

Me doy la vuelta para mirar a Anciano, justo cuando avanza un paso hacia mí. Por primera vez desde que llegó a la roca que no existe, un gesto afable recorre su rostro.

Puede que incluso sea un gesto de... ¿tristeza?

Al fin comprendo qué papel juego en todo esto.

—Es mío, ¿verdad? —pregunto—. Ese tesoro me pertenece.

Anciano asiente con la cabeza.

—Ya te dije que los brujos lo robaron antes de intercambiarlo con la Mercader. Pero lo que no te dije es que la persona a la que se lo quitaron, la niña a la que se lo sustrajeron, era alguien a quien ellos secuestraron.

Hace una pausa. El ambiente se carga de tensión.

—Y sí. Ese alguien eres tú —concluye—. Encuentra el tesoro de los brujos y recuperarás todos esos recuerdos que te faltan.

¿Qué clase de tesoro es capaz de albergar recuerdos? Me imagino una corona que llene de sabiduría a su

portador, o tal vez una caracola dorada que susurre unos secretos que recuerden a los suspiros del océano.

—Pero ¿qué es? —inquiero—. ¿De qué se trata?

Anciano sigue sin responderme. Si acaso, pone cara de preferir no haber tenido que mencionarlo. O, como mínimo, de no tener que decir la siguiente parte.

—¿De qué se trata? —repito.

Anciano suspira.

—De acuerdo, chiquilla.

Lo que me dice a continuación provoca que un escalofrío recorra mi piel cerosa. El frío cala en mi interior. Se abre camino hasta mi no-pecho, dejándolo helado.

—¿Se llevaron...? —comienzo a decir.

Pero no soy capaz de terminar la frase.

—¿Se llevaron... eso?

Anciano asiente.

—Fue un robo maquiavélico.

Parece como si el aire se hubiera olvidado de la tormenta inminente. El ambiente se torna quedo y silencioso. Es entonces cuando advierto, sobresaltada, que Anciano empieza a parecer un dibujo a tinta sobre el que alguien hubiera derramado agua. Delante de mí, sus rasgos empiezan a perder su forma y a emborronarse. Simon también se ha dado cuenta, creo yo, porque

elige ese momento para salir correteando de mi pelo y volver a posicionarse sobre mi hombro.

«Clic, clic, clic», le dice a Anciano.

El viejo fantasma esboza una mueca mientras se desvanece. O puede que sea otra sonrisa. Puede que incluso sea un gesto afable. No sabría decirlo. Sea como sea, le dice a Simon:

—Cuida de ella, arañita.

«Clic, clic», promete Simon.

— Pero... ¿no puedes acompañarme? —le pregunto. Anciano niega con la cabeza.

—Ya sabes que no puedo hacer eso. Ya me he quedado más tiempo del que me correspondía. —Hace una pausa—. El tiempo suficiente para hacer algo bueno, después de llevar una vida corrompida.

Entonces se queda con la mirada perdida.

Se le empañan los ojos, adopta un gesto distante.

Cuando vuelve a hablar, su voz está cargada de estática. Cada palabra cruje y crepita.

—Hay dos cosas más que debo decir antes de irme. Primero, puede que no recuerde mucho de la vida, pero hay una cosa sobre la que tengo una certeza absoluta, y es que no hay nada más poderoso ni sobrecolector que un niño que actúa movido por su corazón.

—Eso no tiene sentido. —Alzo las manos al cielo—. Quédate.

Pero sé que es inútil. No se puede frenar la segunda muerte.

La voz de Anciano se desvincula de la figura fantasmal que tengo delante. Resuena a mi alrededor, como una brisa que mueve las hojas de los árboles.

—Segundo, los brujos han extendido una plaga por ese pueblo. Es peligroso, pero no estarás sola... Ella...

Su voz se apaga del todo antes de que pueda terminar. El silencio se apresura a ocupar su lugar.

Percibo unas ondas diminutas en el aire, en el lugar donde se encontraba hasta hace apenas unos segundos. Ante mis ojos, esa ondas pierden su forma y desaparecen también.

Anciano ya no está.

—¡Vuelve! —grito, aunque sea en vano.

He visto desaparecer a suficientes fantasmas como para saber que nunca vuelven. El viejo fantasma que se presentó en mi roca, como surgido de la nada, ha desaparecido tan rápido como apareció. Por eso, en el fondo no espero que me responda. Pero lo hace. El cielo se agita a mi alrededor. Susurra una última palabra.

«Ve», parece querer decir.

**Puede que a algunos fantasmas  
les guste ser invisibles y atravesar  
las paredes, pero a mí no.**

Con cuerpo de cera, pelo de algas y ojos nacarados,  
la joven y solitaria fantasma está condenada a vivir entre  
los brujos del mar. No recuerda quién era antes de que ellos  
la llevaran hasta la roca que no existe, ni siquiera recuerda  
cómo se llama. ¿Podrá algún día descubrir su nombre  
y reunirse con los suyos?

Bienvenidos a Elston-Susto,  
un pueblo olvidado donde acechan brujos  
y merodean monstruos marinos.



1578727

ISBN 978-84-698-9131-5



9 788469 891315

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)